



La Risa

PERIÓDICO ILUSTRADO CÓMICO Y HUMORÍSTICO.

DIRECTOR LITERARIO

D. CARLOS FRONTAURA

DIRECTOR ARTÍSTICO

D. ALFREDO PEREA.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN.

Calle de Preciados, núm. 5, librería, Madrid.

Se publica los domingos.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

En toda España: Trimestre, 3 ptas; semestre, 5,50; año, 10.

Extranjero y Ultramar: Año, 15.

Número suelto, 15 céntos.—Atrasado, 25 céntos.

LA MARAGATERÍA.—(Dibujo de C. Plá.)



—Con la venta de hoy no nos haremos ricos...
—Si hubiera siquiera tres Cuaresmas cada año...





CRÓNICA.

Han empezado los bailes de máscaras.

En la Zarzuela dió la otra noche su baile el Círculo Artístico Literario. El 1.º de Febrero lo dará en el Real la Sociedad de Escritores y Artistas. Son los únicos bailes públicos á que suele asistir la *crema*, como decimos ahora, de la gente de buen gusto... y buenos antecedentes.

Pero la decadencia de los bailes de máscaras es notoria, tanto como la del Carnaval.

Ya no hay bailes de máscaras, de máscaras distinguidas, traviesas, ingeniosas, capaces de revolver el universo... ¡Qué más! Para dar atractivo á los bailes de la Alhambra, no la de Granada, la de la calle de la Libertad, para obtener la asistencia de *señoras*, la empresa anuncia concurso de *capuchones* y de *mantones de Manila*, y premios concedidos por un *jurado compuesto de personas competentes*. Todo esto hay que hacer para que las *señoras* asistan á un baile de máscaras.

La otra noche iban delante de mí dos mascaritas que se dirigían al baile del *jurado*, y una de ellas decía:



—¡Qué bien me venía que me premiaran esta noche el *capuchón*, porque me encuentro muy atrasada!

—¿Qué te han de premiar, tonta?—respondía la otra.—Si los premios los dan siempre á las mismas, á las amigas de los que los dan.

¡Qué desencanto! ¿Dónde se habrá ido la justicia? pensé. En todas partes la intriga, el nepotismo, la poliquería, la *camaraderil*...

¡Pobres niñas inocentes las que vais al baile con la aspiración de que os den premio por el *capuchón* ó por el *mantón de Manila*, ¿no sabéis vosotras lo que pasa en todos los certámenes y concursos?... El mérito queda postergado, la osadía triunfa, la modestia no obtiene mas que indiferencia, la soberbia se impone. No se premia al *capuchón*, se premia á la que lo lleva, y probablemente no por el *capuchón*... Y en cuanto al mejor *mantón de Manila*, no aspiréis al premio, tímidas gacelas, porque los mejores *mantones de Manila* están... ¿sabéis dónde?... están empuñados.

Los bailes de máscaras, como digo, no son ya como los de mi juventud. Entonces sí que constituían una diversión de primer orden. Los jóvenes de aquel tiempo pensaban en divertirse y se divertían. Los de ahora piensan en ser diputados, en operar en Bolsa, en pescar la subsecretaría de Gobernación, en ser yernos de ministros, y la masaailable ha quedado reducida á un escaso número de señoritos insignificantes, más ó menos *aflamencados*, y el bello sexo, aquella parte del bello sexo, discreta, graciosa y decente, no espera hallar en el baile de máscaras el aliciente poderoso del ingenio, de la gracia, de la intriga de buen género, y no va como iba en mis tiempos.

¡Aquellos bailes de Capellanes de hace treinta años! ¡Qué deliciosas mamás aquellas que se sentaban y se dormían en los divanes de los pasillos! ¡Qué máscaras tan elegantes aquellas que misteriosamente cruzaban el salón, y no podían disimular su elevada posición social, ni conseguían que se las confundiera con la *turba multa* de máscaras del montón que constituían la concurrencia ordinaria! ¡Qué bastoneros aquéllos tan graves, tan poseídos de su autoridad! Allí acudía mucha gente perdida, pero también mucha gente discreta y distinguida, y había allí bromas, donaires, agudezas para divertir al mundo entero.

¿Dónde está ya aquel tipo de mamá que llevaba galantemente al ambigú por un caballero que había bailado á la niña, preguntaba seráficamente:

—¿Hay cocido?

¿Dónde está aquel gallardo mozo que, disfrazado admirablemente de mujer, traía á mal traer toda la noche á un viejo verde y vicioso, que creía haber hecho la gran conquista de una dama principal, y después de una opípara cena, cuando el viejo, con ansias de sátiro, le pedía que le dejase ver el rostro encantador, se descubría y le enseñaba los retorcidos bigotes del más bizarro teniente de reemplazo?...

Hoy no faltan viejos verdes, pero por muy verdes que sean, no se dejan engañar fácilmente en un baile de máscaras, como los burlaba aquel maldito.

Es indudable que la juventud se divierte ahora menos que se divertía la de hace treinta años.



No sé si es que pierde menos el tiempo. Entonces lo derrochábamos gallardamente, nos reíamos de Narváez y hasta á él mismo le hacíamos reir; tirábamos el poco dinero que teníamos, nos embesababa convidar á sorbete á una modista sentimental, que acababa, para que no creyéramos que *despreciaba* nuestros obsequios, por comerse un plato de riñones saltados; invitábamos á comer un cubierto de dos pesetas en la fonda del Carmen al inolvidable banquero Salamanca, entonces en el apogeo de su fortuna y de su influencia, y en el teatro nos regocijaba la música de Barbieri y Oudrid, y nos tendían de risa las gracias de Olona... y no presentíamos *El hijo de hierro* y *el hijo de carne*.

—Pero ésta es una *Crónica* retrospectiva,—dirá el lector.—Díganos usted algo de lo que hoy pasa. No pasa nada, nada nuevo. Cada día hay un suicidio, cuando no hay dos. El otro día se mató un pobre que llevaba tres ó cuatro mil reales encima.

Un reo de muerte ha pedido ser vacunado, según ha contado un periódico y han copiado otros. Es un chiste cruel. Del mismo sujeto dicen que ha pedido comer pavo, porque no lo había comido nunca. ¡Un hombre que no ha comido nunca pavo!... No será él solo, digo yo. ¡Y cómo debe influir en el carácter del ser humano esa desgracia de comer poco y mal un día y otro y siempre! Hasta que no se consiga dar en las tiendas-asilo raciones de *saumon grillé*, pavo en pepitoria y *suprême de volailles*, no habrá llegado la humanidad al estado de cultura y perfección apetecibles.

Pero dejemos este asunto, y quede aquí la *Crónica*, para que el lector llegue más pronto á saborear el fruto del ingenio de Bremón, Cavia, Palacio y demás colaboradores de LA RISA.

VENTURITA.

CABEZAS PARLANTES.

No me inspira envidia mas que un buen orador. ¡Qué difícil es saber hablar! Y aun casi más difícil es saber callar, cuando todos hablan.

Vivir en un país de oradores y no poder romper, es terrible.

No romper á hablar.

He ensayado algunas veces en familia, y han reído á mi costa mis parientes.

Cuando yo pronunciaba discursos dramáticos.

Estos éxitos no me han estimulado á continuar por la senda «por donde han ido los muchos habladores que en el mundo han sido».

Y me muerdo los dediles de los guantes, cuando los uso, y los dedos, también, cuando los uso, oyendo hablar al camarero que me sirve el café,

«sobre la península de los *Balcones*», y «sobre la cuestión vinícola» y aun «sobre cualquier literato del reino».

¡Qué facilidad la de mi amigo y barbero!



¡Qué elocuencia la de mi muy zapatero y señor mío.

¡Pues y los caballeros que concurren al mismo café donde yo acudo para ilustrarme de pasada!

—Pero, hombre, ¿usted no habla?—me han preguntado con extrañeza en algunos banquetes para hablar.

—Sí señor,—he respondido siempre,—hablo; pero me ocurre lo que á un vecino que tuve en una casa: tocaba la guitarra como un ángel, pero Angel de nombre; vamos, Angel de Tal.

Y decía del artista mi portera:

—Hace hablar á la guitarra.

A lo cual repliqué indignado:

—Pero la hace hablar mal, señora.

Pues bien, yo hablo, pero mal.

Y un hombre así no puede ir á parte alguna.

¿A qué banquete, á qué reunión, á qué círculo podrá asistir quien no dice algo, sea en verso ó en prosa?

Hoy, que se ha desarrollado la monomanía circular, vive un hombre no orador, postergado.

Calculo que habrá en España dos ó tres mil círculos próximamente.

Había círculos mercantiles, círculos militares, de artistas, de labradores, etc.

Pero esto era insuficiente para el desarrollo intelectual de nuestra época.

Los círculos políticos se subdividieron y se multiplicaron, con arreglo á las necesidades de la vida.

Y luego vinieron los círculos especiales.

Hubo círculos como establecimientos de vinos y de otros ramos del saber vivir humano.

«Círculo de la Amistad nocturna,» Círculo del iris de Paz,» «Círculo de la confianza (con timba);» «Círculo de los jóvenes iconoclastas (con ruleta);» y otros varios.

Asombra el progreso circulatorio de nuestro tiempo.

Y vuelta á mi manía:

¿Cómo penetra un hombre que no habla en un círculo?

Es decir, si *apunta* siquiera, del mal el menos.

¡Cuántos sofocos he pasado en banquetes donde, al fin, han empezado los brindis más ó menos improvisados!

Nunca olvidaré uno de los últimos á que me obligaron á asistir.

La esposa del comerciante en comestibles, que tenía un establecimiento frente á mi casa, había dado á luz un robusto niño de comestibles; es decir, del dueño del establecimiento.

Pensaron con tan fausto motivo los padres del chico, el sereno, que empezaba á ser del chico, y otros parientes del padre y del hijo, celebrar un banquete sin carácter político, por supuesto.

Y fuimos á comer en uno de nuestros segundos restaurantes.

Como habían asistido el cirujano, comadrón aún no revalidado de médico, el padrino del chico, que era un zapatero que había leído mucho en periódicos, incluyendo folletines, y otras varias personas de cierta cultura relativa, cuando terminó la comida empezaron los brindis.

—Señores,—dijo el comadrón,—pocas veces me he levantado en este sitio con tanta satisfacción como ahora. Señores, estamos aquí reunidos en un círculo de amigos y enfrente de un acontecimiento grande.

Todos los circunstantes que conservaban el abuso de sus facultades, miraron al frente.

—Una matrona, una mujer hermosa y saludable,—continuó el orador,—una mujer virtuosa y capaz ha dado á luz un hijo, traslado fiel del padre y de la madre. Ha dado á luz ¿y cómo? ¡Ah, señores! con felicidad, con facilidad difícil.

Los circunstantes no pudieron contener la risa y acabó el discurso en una tormenta.

Luego habló otro señor, y después otro, y luego por unanimidad acudieron á mí.

¡Qué momentos!

Cuánto admiré entonces, no ya á los oradores



parlamentarios, sino á los comadrones con «luces naturales».

Intenté combinar un discurso, me levanté de mi asiento, y...

¿Y qué dirán ustedes que fué lo único que pude decir?

—Hermanos: celebraré que al recibo de estas cortas líneas os encontréis padres.»

Pues me gané palmas y tabacos.

EDUARDO DE PALACIO.

EPIGRAMAS.

Después que al juego un truhán
perdió hasta el último duro,
exclamó lleno de afán:

—¿Dónde hallaré un *Talismán*
que me saque de mi apuro?

Y oyéndolo Bernabé,
le contestó el muy paleta:

—¿Un *tal Ismán* busca usted?
Pues por mi parte, no sé
donde pára ese sujeto.

Al sacar de la estación
de una villa de Aragón
su mundo, Facundo Río,
notó con indignación
que estaba el mundo vacío.

Al jefe acudió Facundo,
como las leyes previenen,
y el jefe dijo iracundo,
que las cosas en el mundo
se toman conforme vienen.

CARLOS CÁNO.

EN EL PACÍFICO.—(Dibujo de Urrutia.)



I

—¿Aquí estás tú?

—Te esperaba
que salieras de la tienda
de ese tío.

—¿Y qué te ocurre?

—Pues me han dicho malas lenguas
el por qué de tus desprecios
y de que ya no me quieras.—Pues hombre, si te lo dije
la otra tarde en la plazuela,
cuando te encontré saliendo
con otros de la taberna,
no sé por qué lo preguntas
á los demás.—Di Manuela:
¿sabes tú lo que es un hombre
en el mundo?—Un sinvergüenza,
si es como tú.—No me faltes,
porque yo vengo de buenas.—Ni de buenas ni de malas
me importa un pito que vengas.—¿Por qué no me quieres? Dime.
¡Maldita mi suerte sea!

¿Te acuerdas de San Isidro?

Vamos, dime si te acuerdas.

¿Conmigo no te viniste?

¿No pagué yo la merienda?

¿No viste que vi á la Blasa,
y faltando á la decencia
ni la hablé: y ella, la pobre,cogió y me tiró una piedra,
y á un guardia le dió, y el guardia
quiso llevársela presa?

¿Y no te dije yo entonces

«Se acabó todo con ella,

y empieza todo contigo
y contigo hasta que muera?»

¿Y tú no dijiste: «Bueno?»

¿Y no fuimos allí cerca,

y no estuvimos bailando

juntos unas habaneras?...
Pues yo soy el mismo ahora,

el mismo que en la Pradera,

y no te he faltado nunca,

aunque quiso esa sujeta

volver conmigo, y ponerme

taller donde yo quisiera;

y por cierto que esta capa

me la compró en las Américas,

y no me faltaba un duro,

y me hacía otras finezas.

y por tí indina, falsaria,

perdí tanta conveniencia.

Con que dime tú si á un hombre

como soy yo se le deja,

lo cual que yo no lo sufro,

y vamos á tener gresca.

—¡Jesús! ¡Qué miedo tan grande!

Tú no tienes mas que lengua.

Y bastante hemos hablado,

que no quiero que me vean

contigo.

—Sí, porque tienes
cerca quien te pida cuentas.

Si lo sé todo, si dicen
que ese tío de la tienda
es tu avío.

—Un caballero
con muchísima vergüenza,
que va á casarse conmigo.
—¿El á casarse?

—En la iglesia,
en viniendo los papeles
que ya ha pedido á su tierra.
Y voy á ser en su casa
lo que se llama una reina.
¡Pues buen porvenir tenía
contigo! ¡Ni que estuviera
loca! Un hombre sin oficio
que no gana una peseta.
Busca otra vez á la Blasa
y dile que te mantenga.
—La Blasa es una señora,
y lo que es buena muy buena.
—¡Vaya! ¡Abur!...

—¡Oye!

—¿Qué quieres?

—Pues que lo pienses, Manuela.

—Ya lo tengo muy pensado.

—Pues esto se acabó ¡ea!

Dijo, y tirando la capa,
sacó una faca tremenda.
Lanzó la mujer un grito,
corrió, y el hombre tras ella;
pero tropezó en un canto,
cayó y se rompió una pierna,
y así un espantoso crimen
impidió la Providencia.

II

Inmóvil está en el lecho
del hospital, y reniega
pensando que cuando salga
tendrá que llevar muletas,
porque no podrá tenerse
en la pierna que le queda;
y mientras se da á los diablos
y profiere mil blasfemias,
en el barrio del Pacífico
celebrase la gran fiesta
de las venturosas bodas
del señor Juan y Manuela,
y hay música todo el día
á la puerta de la tienda;
y se da pan á los pobres
que solos ó en grupos llegan,
y corre la mar de vino
desde Atocha hasta Vallecas,
y hasta amanecer el día
siguiente dura la juerga.

FRONTAURA.

PURÉ DE WERTHER.

(MONÓLOGO DE UN COCINERO.)

I

Decididamente, hay nombres fatales, predeterminados. El mío es todo eso, y algo más. Durante mucho tiempo, ha sido un nombre ridículo... Cefnir el blanco mandil, llevar el clásico gorro del *chef de cuisine*, y tener un nombre romántico y novelesco, es el colmo de la anomalía.

Los madrileños más ó menos glotones que hace algunos años—¡diez y ocho nada menos!—frecuentaban el Europeo, supieron un día que aquellas cacerolas, parrillas, sartenes y asadores pasaban á otras manos, á las de un nuevo cocinero, muchacho de gran porvenir.

—¿Es francés?—preguntaban los parroquianos.

—No,—respondían los camareros.—Es alemán.

Los alemanes estábamos entonces de moda. Sobre todo como cocineros... ¡Bismarck tenía la sartén del mango!



Otros parroquianos, más curiosos, preguntaban al dueño del restaurant:

—¿Cómo se llama el nuevo cocinero?

—Werther.

Y casi todos se echaban á reír.

Un día, después de examinar la lista uno de los clientes más socarrones, y de hacer un gesto de desagrado, exclamó:

—Ese Werther deshonor su apellido... ¿Cuándo le ocurrirá darnos *puré de suicida*?

¡Ah! tan sólo un caballero gordo, muy gordo, que era todo un sabio y todo un gastrónomo también, don Antonio Ferrer del Río, comprendió mi destino, y no quiso ocultármelo.

Estaba en los postres de una opípara y exquisita comida, y dijo, dirigiéndose á uno de los camareros:

—A Werther, que deseo felicitarle verbalmente.

Yo me apresuré á saludar verbalmente á don Antonio.

El cual, después de afables y corteses cumplidos, pronunció solemnemente estas palabras:

—Lleva usted el nombre de un héroe de Goe-

the. Por ahí creen que usted pone en ridículo su apellido. La fuerza del sino jamás es ridícula. Usted será víctima de una pasión desordenada.

Acuérdese usted... *Habent sua fata nomina*.

¡En latín, y todo!

Aquella profecía me estremeció... ¡La profecía va á cumplirse, hoy 15 de Agosto de 1887!

II

Va á cumplirse, sí.

Estoy enamorado, profundamente enamorado; enamorado hasta la médula de los huesos, enamorado como Romeo, Marsilla, Abelardo y el caballero Des Grieux—yo soy un cocinero ilustrado;—enamorado como la mariposa de la flor, como la hiedra del roble, como el salmón de la salsa tártara, como las trufas del pavo, como el solomillo de las patatas á la *maitre d'hôtel*.

Yo dichoso en paz vivía

á guisa de tenor de zarzuela, rigiendo los estómagos y deleitando los paladares de estos bañistas que buscan en las aguas de Urbegorri—Urbegoechea, todo lo que aquí precisamente he perdido yo: la salud, el descanso, la vida.

Vivía en paz, cuando de pronto se presentó Carlota; mi ideal Carlota, mi viuda Carlota... Es decir, mi viuda no, la viuda del hombre dichoso y envidiable que gozó las primicias de su amor y de sus gracias. ¡Ella, á quien tantas veces había visto y contemplado en Madrid, sin que sus ojos azules, sus rizos rubios y su andar de diosa me produjesen la impresión fascinadora que me han causado aquí!

¿Será este fenómeno un efecto de las aguas?

En vano es buscar su origen. No puede tener más que uno. Ella, Carlota; yo, Werther... Es la fatalidad, como decían en *La bella Elena*.

III

¡Desdén como el suyo!

Junto á Carlota, Diana parece una Friné, Lucrecia una Tais, doña María Coronel una coquetuela de tres al cuarto.

¡Martirio como el mío!

Abrasado en su amor, empezaba á entorpecerse mi hábil mano y á embrollarse mis artísticas combinaciones. Poco á poco iba perdiendo la noción de las salsas. Hubo quien se quejó, y el propietario del establecimiento se vió obligado á decirme:

—¿Qué descuidos son éstos, Werther? ¿Quizás está usted enamorado?

—¡Cielos!—dije para mi delantal.—Este hombre sí que es de los que huelen donde guisan.

Pero la Providencia velaba por él, por los bañistas, y... casi casi llegué á creerlo, por el desdichado Werther.

Cuatro días hace fué interrogado por Carlota mi confidente Pepe, el mozo de comedor.

—¿Quién está aquí de jefe de cocina?

—Werther, señora.

—Un alemán que...

—El mismo.

—Le conozco de Madrid. Ha estado en dos ó tres restaurants, y últimamente en casa del duque de la Gastralgia. Es un alemán muy simpático. Sé que es persona fina. Don José Rivero le pone en las nubes. ¡Ay! Dios ponga tiento en sus manos, porque yo soy muy delicada para la mesa, y no me avergüenza el decirlo: el plato es para mí una pasión.

Cuando Pepe me contó todo esto, estuve á punto de volverme loco de júbilo.

—¡Es gastronómico!—exclamé derramando lágrimas de alegría.—Yo sabré hacerme dueño de su corazón, haciéndome antes señor de su estómago.

IV

¿Por qué ha dispuesto mi cruel destino que los coches de los viajeros lleguen á este establecimiento minutos antes de que la campana anuncie la hora de comer?

He ahí la causa de mi terrible infortunio; he ahí lo que va á darme la muerte.

Guiada mi mano por el amor á Carlota, preparé hace tres días una comida excelente. Treinta cubiertos. Una duda empañaba el cielo de mis esperanzas... ¿Vendrán á la hora de comer muchos viajeros?

Vinieron muchos más de los que se esperaban. Hubo que añadir á la sopa catorce ó diez y seis cazos de agua. Mi *puré d'écrevisses* resultó detestable. El *menú* se transformó completamente. ¡Ah! ¿Por qué no me quité la vida?

Pepe me dijo por la noche:

—La señora, al probar la sopa, ha dicho que no le disgustaba el *impuré*.

—¡El *impuré*! Aun en la misma gloria haría este chiste mi eterna desesperación.

Al otro día, nuevo esmero, nuevo *menú*, nueva intranquilidad, [nueva desesperación! Treinta bañistas más, venidos de improviso, aguaron mis esperanzas... y mi *puré* de pechugas.

Carlota dijo en la mesa:

—Vamos á perder el estómago. De aquí á Vichy. ¿Si tendrá participación en aquellos baños el dueño de éstos?

Ayer, por fin, tomé medidas extraordinarias. Mi emoción era inmensa... De un golpe se presentaron cuarenta nuevos bañistas.

Carlota se limitó á decir en la cocina:

—¡Qué bruto debe de ser ese cocinero! Al fin y al cabo alemán.

V

Estoy decidido.

Oigo ya á lo lejos el cascabeleo de los tiros de

LOS PINTORES DEL PORVENIR.—(Dibajo de C. Plá.)



—¡Qué Rafael ni qué Beato Angélico!... ¡Velázquez! ¡Velázquez!...

NUESTRAS CRIADAS.—(*Dibujo de A. Perea.*)

—¿No me dijo usted que sabía planchar?

—Pues, señora, me parece que ésta es una camisa bien planchada...

los coches. Aunque vengan cincuenta viajeros—cosa inverosímil y nunca vista—espero rehabilitarme; Carlota se chupará los dedos de gusto, y por comer, se comerá hasta las frases que ha pronunciado estos días.

¡Cómo me palpita el corazón!

Ya se acercan los coches... Mucho ruido parece que hay en la puerta del establecimiento... ¡A ver! ¡a ver!



VI

¡Setenta de un golpe!

¡Mi reputación, mis ilusiones, mi amor, todo perdido!

Estoy resuelto.

Moriré como Vatel. ¿Como Vatel? ¡No! Mi muerte ha de ser más artística, digna de mí y digna de Carlota... Brillat-Savarín ha dicho que el descubrimiento de un manjar nuevo es más beneficioso para la humanidad que el de cien estrellas. Quiero hacer bueno el aforismo de Brillat-Savarín.

He aquí la inmensa marmita de la sopa. Su ebullición me atrae... ¡Esa será mi tumba! ¿Puede haber otra más digna de un cocinero? Corro á ella ahora que nadie me ve.

¡Adiós, Carlota! Muero por tu amor. Hoy saborearás el *puré de Werther*... ¡Hoy sí que encontrarás rica la sopa!

MARIANO DE CAVIA.

A ABASCAL.

Señor alcalde mayor, no prenda usted á los que venden, que el que vende es Juan Ricote y el que paga es Juan Pobrete.

El pan sigue falto y caro, y adulterada la leche, y corrompido el pescado, y turbio y sucio el aceite. El vino, que dicen vino desde Valdepeñas siempre, va por el camino propio que va el pan, que va la leche, y el aceite y el pescado, y el pescado y el aceite; y vamos *fuchinizándonos* lentamente, lentamente. El aguardiente de orujo no existe ya. El aguardiente se elabora á la moderna, con féculas diferentes y con el alcohol amílico, aunque el bebedor reviente. Y hay mil casos de locura y hasta de *delirium tremens*, que al tal aguardiente así *amilicado* se deben. Señor alcalde mayor, no prenda usted á los que venden, que el que vende es Juan Ricote y el que compra Juan Pobrete. Señor alcalde mayor, no prenda usted á mercaderes, que todos venden y compran que todos compran y venden. Los compradores se quejan, las autoridades duermen, y los vendedores gritan porque son contribuyentes. Y como se vende todo, venden todos lo que quieren, y matan á más que mata la guerra, el hambre y la peste. Sigamos envenenándonos con el pan y con la leche, con la carne y con la fruta, y el pescado y el aceite. *Fuchinicémonos* más con el vino que se expende, y *amiliquémonos*, pues, con el fatal aguardiente, y cantemos á Abascal ya que de *cantos* entiendo: Señor alcalde mayor, no prenda usted á los que venden, que el que vende es Juan Ricote y el que compra es Juan Pobrete.

LUIS COLL.

EL NOMBRE.

Nuestros vecinos los franceses dicen que el nombre no hace á la cosa, y dicen muy bien.

No sólo no hace á la cosa, sino que, según mi leal saber y entender, y dicho en castellano, entre nosotros el nombre dice en muchos casos todo lo contrario de lo que expresa. Así vemos que á los vividores de la peor especie se les llama atrevidos; á los tunantes, prácticos; á los desvergonzados, listos; á la mentira, diplomacia; *et sic de ceteris*.

¡Oh, los nombres!

¡Cualquiera se fía de los nombres!

Hasta hoy, día de la fecha, he conocido perso-

nalmente, ó de oídas, un Robustiano que era un alfeñique; un soltero que se llamaba Cornelio; un gracioso, Jeremías; un sinvergonzón de esos que viven de *gorra* y de *sable*, Primo; un libre pensador, Escolástico; un monaguillo, Marcial; un aspirante á verdugo, Pío; un aguador, Augusto; un arenero, César; un matachín, Patricio; un libertino, Severo; un mendigo, Fausto; un embustero sin competidor, Verísimo; un desgraciado mala sombra, Buenaventura; un mono sabio de la Plaza de Toros, Salomón; un pillo de siete suelas, Simplicio; un ateo petrolero, Angel; un estafador, Probo; un vanidoso, Modesto; un gordiflón, Canuto; un infeliz á quien pegaba su suegra, León; un foragido, Homobono; un idiota, Magín; un sietemesino raquítico, Magno; un *inglés* indígena, Amable; un igorrote picado de viruelas, Adonis; un enano, Máximo; un tenorio enamorado y veleta, Constante; un cascarrabias, Paciente; un cabecilla carlista de la primera guerra civil, Cristiano; un juez, Justo; un usurero, Clemente; un sabio y eminente hombre de Estado, Rústico; un granuja astroso ó coleccionista de collillas, Serafín; un pastor del término de Córcoles, Urbano; un médico que mata á cuantos enfermos caen en sus manos, Salvador; un fenómeno sin orejas ni nariz y cuya cabeza competía por el tamaño con las bolas del puente de Segovia, Narciso.

Con que, si hacen falta más pruebas...

¿Y en los apellidos?

Calvo hay que no puede con las greñas; Rico, que vive de las sobras del rancho de los cuarteles; Cortés, que no ha visto ni por el forro las reglas de urbanidad; Cuadrado, que es un elefante; Blanco, que es negro; Bueno, que mejores nos los dé Dios; Garrido, que posee dos corcovas, etc.

Pues, no mentemos á la bella mitad del género humano. ¿Quién no ha tenido siquiera noticia de alguna Fructuosa, estéril; de alguna Salud, incurable; de alguna cuñadita, Consuelo; ó de alguna murmuradora, Benigna?

No sé dónde leí este anuncio:

«Ama de cría.—Pura N., soltera, con leche fresca y personas que la abonen desea cría para su casa.»

Yo he oído defender el amor libre á una Casta; y he visto beber agua de hierro para recuperar los colores á una Rosa; y he conocido una Gala, harapienta; y he hablado con una Angustias alegre, con una Dolores que no tenía ninguno, y con una Engracia desgraciada.

Una de las *cantaoras* más regocijadas y chistosas de Madrid es la Saturnina, y una de las jamonas más superabundantemente obesas que se conoce es Espirito.

Mi criada—que se nombra nada menos que Regina—trata con una verdulera llamada Prudencia, y con una Paz que vende rábanos; y es amiga de una ribeteadora, Cándida; y de una San-

dalia, zapatera; y de una Ramona y una Florentina, de Valdemorillo; y tiene dos primas: Remedios, que es fiadora, y Amparo, que es prestamista de á peseta por duro al mes.

¡Cuánta Librada habrá perdida, y cuánta Ascensión decadente, y cuánta Esperanza desahuciada, y cuánta Consolación inconsolable, y cuánta Victoria vencida, y cuánta Iluminada á oscuras!...

Una señora, vecina mía, cuando tiene que recibir criada, se desespera por la cuestión de nombre.

—¿Cómo se llama usted?—interrogó á la primera que fué á pretender.

—Inocencia.

—No me venga usted con motes; el nombre, el nombre de pila.

—Pues... ése.

¡Imposible que la admitiera llamándose así y siendo prima de todos los artilleros de la guarnición!

—¿Cuál es su gracia?—preguntó á la segunda.

—Deogracias.

—¡A Dios sean dadas! .. Bien, hija; con que ¿cómo se llama usted?

—Deogracias, para servir á...

—¡No, á mí no!

La tercera pretendiente se decía Milagro.

—¿Milagro?... Lo siento, pero soy muy increíble. Los que hagan ustedes, las del ramo, que me los claven aquí.

Quede consignado que la señora de quien me ocupo se llama Nieves y despide fuego por los ojos. Tal vez por razón de su nombre, ó por tener una hija pelinegra, Albina nombrada, no permite que pisen su casa mujeres que sean conocidas por Segundas, ni Soterías, ni Celestinas.

La mamá política de un compañero mío, es doña Perpetua de no sé cuántos, y está enferma de tisis, sin embargo de lo cual dice mi camarada que es su suegra perpetua.

Pasemos por alto Rosarios sin dieces, y no toquemos á las Teclas, por aquello de que son más las Magdalenas que las Susanas, y por lo otro de que no hay Pilar que resista al tiempo.

De los nombres femeninos más en alza entre los aún no escamados partidarios del matrimonio, uno es éste: Aurea. ¡Hasta en eso se ha de ver el positivismo de los tiempos que corren!

Y basta de enredar con nombres de mujer, que pudiera enfadarse la más Plácida y no socorrernos alguna Socorro.

Con que fiense ustedes de los nombres.

Más pruebas pudiera alegar; pero, ni es preciso, ni la paciencia de ustedes llegará á tanto, ni yo quiero que este artículo les haga fruncir el ceño en fuerza de ser pesado.

Queda demostrado que el nombre no hace á la cosa.

Y punto final.

PEDRO J. SOLAS.



EL DÍA DEL SORTEO.

¿Qué se me habría perdido en el globo donde se echan las cuarenta ó cincuenta mil bolas de la lotería? ¿Qué gano ni pierdo con que se saquen los premios uno á uno, ó irradian ó se deriven de uno solo?

Cada vez que reflexiono en la parte que se me concede en la reforma de la lotería me la explico menos. Desde que el Gobierno la decretó tengo turbia la conciencia. Sí; los alienistas consignarán una nueva especie de manía: la monomanía de irradiación, que consiste en hacer cábalas para encerrar la suerte en una fórmula, como embotellaban los hechiceros al demonio en una redoma de cristal, ó en demostrar que no pueden salir números bajos, ó que éstos tienen más probabilidades de salir, ó en echar cuarenta números en una urna y querer extraer setenta y dos.

Yo me tengo en parte la culpa de que se haya perdido el respeto á la aritmética.

—¿Por qué combaten ustedes al sistema decimal?—pregunté á un político.

—Hay que hacer la oposición,—repuso gravemente.

—De modo que si el Gobierno hubiese sometido á ustedes el sistema de numeración...

—Hubiera sido desechado.

Estos eran los adversarios. Los amigos en cambio me resarcían de esas contrariedades defendiendo el sistema por compañerismo.

Uno me anunciaba haber roto la cabeza á un individuo que dudaba del sistema; otros me desconsolaban anunciándome que habían jugado á la lotería del día 20 media paga. Algunos me pedían

la cábala que yo tenía prevenida, y exclamaban mirándome con fijeza:

—Supongo que tendrán alguna parte los amigos...

Y los amigos me obligaban á jugar, y jugué todo lo que tenía disponible.

*
*
*

Cuando en la mañana del día 20 vi la lista de la lotería, me quedé frío; ninguno de los muchos billetes que tenía acababa en 1, como el premio mayor; el montón de papel que llevaba en mi bolsillo era papel mojado, ó la suerte había hecho conmigo una mala acción.

Yo no me creía con ningún derecho ante la administración, ni el público, ni los amigos; ni los unos ni los otros sabían que no había consultado nada ni á nadie el proponer esa reforma; pero la suerte... ésa lo sabía perfectamente y estaba obligada á protegerme. Y me hubiera contentado con tan poco... Una simple unidad, para enseñar el décimo á las gentes, y demostrar con él la bondad del sistema.

¿Cómo me presentaría delante de los amigos? ¿Qué dirían de mí todos los que habían jugado números terminados en 0, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8 y 9, es decir, las nueve décimas partes de los jugadores?

Salí de noche y embozado hasta los ojos: el instinto de conservación me advertía que todos los que me negaban participación en la reforma, para los efectos favorables, me exigirían cuenta estrecha de sus pérdidas.

Era la conversación de la noche: los cabalistas, sobre todo, estaban indignados; el premio inmediato se les había escurrido siempre en la proporción de uno por nueve, como al simple jugador de un solo décimo.

Entré en el círculo de Bellas Artes, y como eran todos amigos, se contentaron con silbarme: no había un número uno en todos sus billetes; salí á escape, y me encontré en la escalera á un socio que me miró sin prevención.

—¿Le han premiado á usted algún número?—le pregunté con interés.

—Sí, señor: ha salido premiado el número de mi casa. Vivo Mayor, 41: ese edificio ha acertado la unidad y la decena.

Me refugié en un café donde no vi gentes conocidas, pero me parecía que me miraban á la cara como si en ella estuviera escrito el 02.341, número fatal premiado aquella mañana. Me senté en una mesa y escuché mi nombre. ¿Serían jugadores agraciados?

Me estaban maldiciendo.

—Salud é irradiación,—me dijo de repente un amigo, llamándome en voz alta por mi nombre.

Quedé aterrado, y las cucharillas de los consumidores inmediatos me parecieron puñales que me amenazaban. Pagué y salí.

No sé cómo me encontré en una casa donde todos enseñaban billetes terminados en uno.

—¿Cuánto le ha tocado á usted? me preguntaron rodeándome.

Cuando les enseñé el fajo de billetes sin premio, comprendí que desmerecía en su opinión, y que me miraban con desprecio.

—¿Es posible—decía uno de los tertulios—que no se le ocurriera jugar el uno?

—¿Y por qué se me había de ocurrir?

—Si estaba indicado.

—¿Cómo y por qué?

—Porque lo natural cuando se trata de números es empezar por el uno.

Aquella lógica era formidable, y quedó demostrada mi ignorancia.

Tuve que retirarme avergonzado. Busqué dónde refugiarme, y me acordé de una reunión en que sólo se habla de política; es decir, donde nadie sabe la aritmética. Estaban disputando cuando entré; pero me quedé pálido al oír que decía un señor muy indignado:

—Le digo á usted que fué el 41.

—Es verdad, es verdad,—dijo sin saludar;—es el 41, que me persigue todo el día. Buenas noches.

—¿Se va usted tan pronto?

—Donde no oiga hablar de lotería.

—¿Qué lotería? Estamos hablando del fusilamiento de León, que ocurrió en dicho año.

—Es igual: yo no puedo estar donde oiga pronunciar ese número fatal.

Poco después me acosté y me dormí; pero vi en sueños un baile, en que hacían extrañas figuras las cifras 0, 2, 3, 4 y 1, combinándose entre sí, y formando ruedas y cadenas. Luego riñeron entre sí, porque el uno insultó al cero, diciéndole que no era nadie, y que por eso se le había colocado á la izquierda; y vi al uno golpeando sin compasión al pobre cero, que rodaba por tierra como un aro.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

HAUTE NOUVEAUTE.

No garantizo la noticia.

Y no puedo tampoco resistir al deseo de hacerla pública.

Me refiero á los gabanes con esclavina que usa nuestra crema.

No sé si á ustedes les gustará el modelo; en

cuanto á mí, le encuentro soberanamente ridículo.

Y á propósito para hacer resaltar los naturales encantos de nuestros distinguidos gomosos.

Salvo el sombrero y el bordón, parecen los que usan los tales gabancitos romeros sencillos.

Quiero decir, romeros sin conchas. Son incapaces de tenerlas los pobrecitos.

El impermeable es feo mayormente. En ciertos días Madrid parece un campamento de frailes móviles.

Pero feo y todo, se explica su uso; preserva de la lluvia, evita el del paraguas, y garantiza por lo tanto la integridad de los ojos de los transeúntes pacíficos.

Es, pues, aunque feo el impermeable, una prenda útil.

Pero los gabancitos de esclavina ni son útiles, ni estéticos, ni nada.

Y lo que decía un chulo noches pasadas:

—Señorito, con eso no va usted á ningún lao, aunque tenga traje negro.

Repito que no garantizo la noticia.

Me han asegurado que la prenda á que hago referencia es pura y simplemente la venganza de un sastre parisiense.

Venganza personal, exclusivamente dirigida contra un solo individuo, y ustedes perdonen, tratándose de gomosos.

Pero como lo feo atrae, le ha resultado al *tailleur* una venganza por *irradiación*, como la lotería que usamos los españoles de ambos sexos para andar por casa.

El caso fué el siguiente: el *tailleur*, inventor del gabán *haute nouveaute*, tenía un parroquiano de los que nunca pagan, y decidió vengarse poniéndole en ridículo.

Confeccionó un magnífico gabán color de queso de Roquefort y se le endosó al parroquiano.

—En cuanto salga á la calle le apedrean,—decía para sí el artista en esclavinas, relamiéndose de gusto.

Pero no fué así: la prenda tuvo *chic*, y fué *pshutt* y todas esas cosas que ahora se dicen.

Los gomosos parisienses se enternecieron unánimemente y como un solo hombre, vamos al decir, y quince días después París parecía un inmenso baile de máscaras, y miles de enmascarados discurrían (del único modo que pueden hacerlo) por los boulevards.

El sastre inventor se ha vengado y se ha hecho rico á la vez.

Su obra ha sido traducida á varios idiomas, y uno de los primeros al español.

Porque sabido es que nosotros nos morimos por todo lo transpirenático, especialmente cuando es malo..

El modisto parisién ha probado una vez más que tal vez Darwin se equivocó al afirmar que el



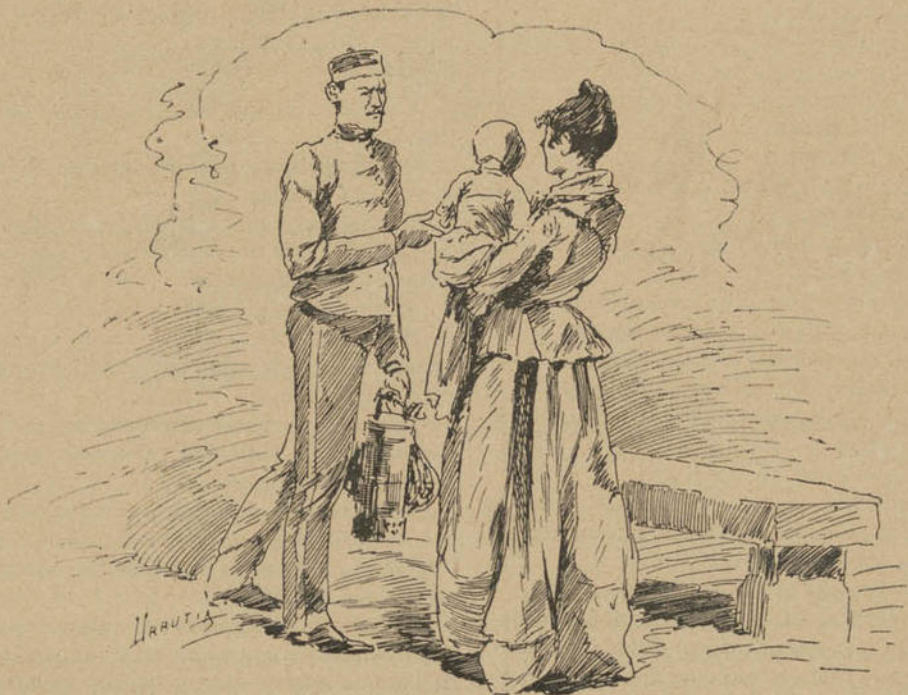
hombre procede del mono, pero que es innegable que ciertos hombres en el mono terminan.

—No me explico, le decía yo á un amigo mío el otro día, el afán de particularizarse de ciertas personas; el uso del gabán con esclavina ha venido á dar á Madrid el aspecto de una población en plena huelga de cocheros.

¿Por qué tendrán ciertas personas ese interés en parecer lacayos?

—Hombre, te diré,—me replicó mi amigo,—no te aseguro que en todos obedezca á la misma causa, pero el uso de ese gabán obedece en uno que yo conozco á la fuerza de la sangre; al usar la tal prenda honra á su progenitor efectivo, que fué lacayo del reino y extranjero, al decir de la crónica escandalosa.

VENTURA MAYORGA.



—¡Ay! ¡ay! ¡Qué niño tan mono!... ¡Qué gana tengo de que tengamos uno usted y yo!... Y lo tendremos en cuanto yo cumpla..

—¿Se va usted á casar conmigo?... ¿con una pobre niñera?...

—¡Sí, que yo soy un capitán general!

LA RISA Y EL LLANTO.

He llegado á deducir tras un estudio profundo, que es más fácil en el mundo hacer llorar que reir.

Los dramáticos autores tienen recursos á cientos. ¿No han de encontrar argumentos entre continuos horrores?

No hay en la escena, de fijo, corazón que no taladre la amargura de una madre que se despide de un hijo.

El dolor causa tormento. Expresadas bien ó mal, resultan de un modo igual las notas del sentimiento.

A los cómicos autores, no echando por el atajo, sí que les cuesta trabajo que se rían los señores.

Y no hay razón que me saque

de esta idea que en mí existe. Pues cualquiera encuentra un chiste que no sea de almanaque.

No hay nadie que me convenza.

Es muy duro hacer reir, porque no hay que confundir el chiste y la desvergüenza.

El chiste culto y decente es muy difícil de hallar; en cambio yo, hago llorar aun al más indiferente.

De la más fácil manera llora el hombre más entero. ¡Con hablarle del casero ya está llorando cualquiera!

Si es comerciante, el quebranto estalla sin remisión;

con decir... «contribución!» ya asoma á su vista el llanto.

¿Que es un autor traducido que sus malas obras cobra?...

Pues con silbarle una obra ya llora á moco tendido.

Es muy sencillo el amaño
de hacer llorar á un autor.
¡con nombrarle al editor
se lleva llorando un año!
¿Que quiere el llanto causar
de una hembra?... Aunque guapa sea,
le dice insolente: ¡fea!
y al punto rompe á llorar.
Sólo hay un medio oportuno
y lógico y verdadero
de hacer reir: *dar dinero*;
¡y ése no lo da ninguno!

José JACKSON VEYAN.



Casó con una viuda Adolfo Mena,
y dice el muy bolonio
que en el nudo del santo matrimonio
encontrar no ha podido cosa buena.
*Y yo le digo á Adolfo
que no se hallan cotufas en el golfo.*

* *

El colmo de la publicidad.

Leo en un periódico:

«Ha sido destinado al penal de Valladolid, en donde cumplirá la condena de catorce años y un día de reclusión temporal que le fué impuesta, Manuel Fernández García, por el delito de homicidio.»

No sabemos si será el mismo interesado quien haya enviado el suelto anunciando su destino, ni más ni menos que si le hubieran enviado de ministro plenipotenciario á cualquier parte.

* *

Un periódico publica una biografía de N. S. P. León XIII, y dice:

«La familia Pecci, de la cual es el Papa uno de los miembros más distinguidos...»

Hombre, me parece que es el más distinguido de su familia, y de todas las familias, digo yo, porque ¿qué más distinción que la de ser Soberano Pontífice?...

* *

Al entrar en la iglesia
se enamoraron Lucas y Nemesia;
se casaron á poco, y ya casados,
son hoy los seres más desventurados.

*Siempre he pensado que es un desatino
el mezclar lo profano y lo divino.*

* *

El cajero de una casa de comercio desapareció hace un mes, llevándose el dinero de la caja. Fué cogido al ir á embarcarse para Buenos Aires. Traído á Madrid, le interrogó el juez.

—¿Por qué echó usted á correr con el dinero?—le preguntó.

—Pues sepa usía—contestó—que cuando entré en esa casa de comercio, el principal me dijo: «Usted correrá con los fondos». Hice lo que me dijo.

PASATIEMPOS INOCENTES.

Solución de los publicados en el número 4.

CHARADA.

Peca.

CUESTIÓN DE ACENTO.

Paris y París.

LOGOGRIFO NUMÉRICO.

Ancladero.

941.....	Ola.
8561.....	Rada.
25318.....	Nácar.
39854.....	Coral.
31295.....	Canoa.
523418.....	Anclar.
123985.....	Ancora.
31254.....	Canal.
58721.....	Arena.
12345.....	Ancla.
8931.....	Roca.
259.....	Nao.

GEROGLÍFICO.

Dios sobre todo y nada sobre Dios.

Han remitido las soluciones *Julia, Pomponnet, D. Estanislao Flores, D. Rodríguez Grijalba, D. Andrés Cabañero, Los tres invencibles.*

* *

ANAGRAMAS.

- 1.° Mate, dijo Zenón.
- 2.° A Martín (el Grajo) fia Lola.

Combinando las letras de cada uno, hallar en el primero el nombre y apellido de un actor contemporáneo; en el segundo el nombre, apellido y alias de un sujeto muy conocido.

* *

MOSAICO.

A A A A A A E E E O O O O
L L L L M M P R R S S S T T T T

Combinar estas letras de modo que se lea horizontal y verticalmente:

- 1.° Vocal.
- 2.° Zumo.
- 3.° Verbo.
- 4.° Ciudad de España.
- 5.° Célebre actor francés.
- 6.° Adorno.
- 7.° Vocal.

M. MARZAL..

MADRID, 1885.

Imprenta y librería de Miguel Guijarro, Preciados, 5.

MADRID DE NOCHE, *por Urrutia.*

—¡Serencoooo!...

—¡Allá voy! ¡El que menos paga grita más!

ANUNCIOS.

LA RISA

SEMANARIO ILUSTRADO, CÓMICO Y HUMORÍSTICO.

SE PUBLICA LOS DOMINGOS, Y CONTIENE
artículos y poesías de nuestros principales
literatos, y viñetas y caricaturas de los
mejores dibujantes.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

En toda España.—Trimestre, 3 ptas; semestre, 5,50; año, 10.
Extranjero y Ultramar.—Año, 15 ptas.

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 25.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número corriente.

Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de tres meses.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia á nombre de D. Miguel Guijarro, á la Redacción y Administración, Preciados, 5, librería.

LIBRERÍA DE MIGUEL GUIJARRO

PRECIADOS, NÚM. 5, MADRID.

LAS REDES DEL AMOR

NOVELA DE COSTUMBRES

por

ENRIQUE PÉREZ ESCRICH.

En publicación. Constará de dos tomos en 4.º con láminas al cromo.

LAS AVES NOCTURNAS

(Historia de dos huérfanos)

novela original por

JUAN DE LA PUERTA VIZCAINO.

Dos tomos en 4.º, ilustrados con magníficos cromos. Precio, 15 pesetas.

EL PAN DE LOS POBRES

NOVELA DE COSTUMBRES

por

ENRIQUE PÉREZ ESCRICH.

Dos tomos en 4.º, ilustrados con magníficos cromos. Precio, 11 pesetas.

